

Editorial

Jaime Alvar Ezquerro / Director

CRISIS ES UN TÉRMINO ACUÑADO POR LA LITERATURA MEDICINAL GRIEGA para referirse al estado anómalo de un organismo. El restablecimiento de la normalidad orgánica es la prueba de que la crisis ha sido superada. La expectativa del enfermo y de su médico es encontrar rápidamente un diagnóstico, a partir de él un tratamiento apropiado y esperar una pronta recuperación.

Cuando la terapia no tiene como objetivo el restablecimiento de las constantes vitales en su condición previa a la crisis, sino alterar radicalmente el funcionamiento del organismo, no podemos seguir hablando de crisis, sino de metamorfosis del sistema.

En las actuales circunstancias seguir hablando de crisis es un eufemismo esperanzador, pues conlleva la aspiración al retorno a unas condiciones existenciales similares a las que se han perdido en los años críticos. Sin embargo, el análisis de los grandes procesos históricos nos ha enseñado que las crisis no duran cien años. Una tensión estructural sostenida en el tiempo deja de ser crisis, independientemente del nivel de conflicto social que sea capaz de originar.

Si abandonamos el símil del organismo humano, tan frecuente en los análisis históricos de corte biologicista, y nos centramos en la realidad histórica, no resultaría extravagante asumir que la interferencia de las grandes corporaciones beneficiarias del capital en las decisiones políticas es constante en el sistema. Si su objetivo primordial es la generación de beneficios, el deterioro de las condiciones laborales es coherente con sus intereses, toda vez que la masa laboral no es directa destinataria del bien o servicio que produce. El gran cambio en este sentido está relacionado con la transferencia de la hegemonía económica del capital productivo al capital financiero. El consumo, para este, es una variable de interés menor, por lo que a la relocalización industrial se añade ahora como novedad un desapego radical del capital financiero con respecto a quienes trabajan.

En definitiva, el interés prioritario es el abaratamiento de los costes de producción a niveles miserables, pues la pervivencia del sistema ya no depende de la capacidad de consumo de los trabajadores. La masa trabajadora en los países desarrollados, amparada por el propio sistema, ha asumido créditos hipotecarios con los que mantener su nivel de vida, lo que la somete en la realidad a una relación de dependencia con respecto al puesto de trabajo y al empleador. La persecución despiadada de quienes no pueden responder a sus compromisos hipotecarios se convierte en *exemplum* para los potenciales díscolos. Ahora quien busca trabajo no tiene opción de elegir empleo. Si encuentra uno remunerado por debajo del nivel de subsistencia no tiene más opción que aceptarlo. De este modo quienes acceden de nuevo a un puesto de trabajo jamás volverán a una situación vital similar a la que tenían antes de la crisis. En consecuencia, no habrán salido de la crisis; se habrán integrado en un nuevo modelo de relaciones laborales en las que las conquistas sociales iniciadas en el siglo XIX habrán desaparecido para siempre. Y todo ello para beneficio de unos pocos.

Nada nuevo hay en lo que escribo. El problema está en que a fuerza de aceptar la “*Realpolitik*”, se hace política en virtud de esas nuevas circunstancias, aunque el discurso se orienta en otro sentido, para ocultar la realidad. El problema es que las teclas del ordenador de los intelectuales se ponen con más frecuencia al servicio de esa misma “*Realpolitik*”, otorgándole el soporte ideológico para hacerla soportable. Se apela a lo “razonable”, al “sentido común”, al “deber ser de las cosas”, al “cumplimiento de los compromisos” para abrir las tragaderas de quienes padecen. Se escribe la historia renegando de los sueños y de las posibles aventuras de quienes piensan que otra historia hubiera sido posible.